

El perro negro

En la comuna de Curacautín, camino a Bella Vista, estaba el Fundo Rapako (agua gredosa), donde había un Hualle grande, que se encontraba ubicado entre zarzas y quilas, salía en las noches oscura y también en luna llena, un perro negro que le brotaban chispas por los ojos. Que se acercaba y amenazando a las personas que pasaban por esas solas en la noche. Incluso a las personas que andaban en caballo, lograba asustar a esas bestias, botando a los jinetes que quedaban aturridos o mal heridos en algunos casos. Fue tanto el temor que sembró el perro negro, que ya casi nadie quería pasar por ese lugar.

Un buen día llegó al lugar un hombre que trabajaba de Caminero, era bien conocido por su porte y porque siempre anda trayendo un cuchillo al cinto, una bolsita con tabaco y un pañuelo al cuello. Tenía una mirada penetrante y fama de buen jugador de naipes. Era generoso con el dinero, siempre invitaba a sus camaradas a tomarse unas copitas, y le gustaba contar historias de los mineros del norte de Chile.

Este hombre una noche oscura venía del pueblo un poquito “entonado” (con unos tragos de más en el cuerpo), cuando iba pasando por el Hualle grande le sale el perro negro. Era enorme, cuenta que mientras más se acercaba, más se agrandaba. El Caminero se asustó un poco, pero como no le tenía miedo a nada, sacó su lazo y lo laceó, pero el perro tiró con mucha fuerza y lo botó del caballo, arrastrándolo por la tierra y el pasto, hasta que perdió el sentido. Cuando recobró el conocimiento, ya amanecía y se trató de parar, pero le dolía todo el cuerpo y sentía como si alguien lo hubiera apaleado. Busco su caballo, pero no estaba por ninguna parte. Luego trató de endilgar sus pasos hacia el caserío, cuando... divisó a su caballo que estaba pastando tranquilamente ¡palomo, ven a buscarme! le gritó, y el caballo se acercó mansamente. Lo montó y se fue a tranco largo hacia las casas, pensando volver para darle su merecido al perro negro o a quién fuera por lo que le ocurrió. Se juró a sí mismo que con su cuchillo daría muerte al responsable.

En el campamento todos estaban preocupados por el Caminero, pues nunca se quedaba la noche afuera, cuando de repente apareció todo machucado y pálido. Sus camaradas le sirvieron un valdiviano y cuando recuperó el aliento les contó lo que le había sucedido. Ninguno dijo nada ya que a todos les había salido el famoso perro negro asustándolos y dejándolos sin aliento. El Caminero les pidió ayuda y les ofreció comprar unas cuantas chuicas de vino con tal que lo acompañaran a hacerle la guardia el maldito perro negro para darle muerte. Todos lo apoyaron y se comprometieron llevar sus palas, chuzos, azadones y algunas escopetas, como también sus propios perros para poder acorralarlo y cazarlo.

Un sábado por la noche, decidieron ir por la bestia, llegaron como 15 hombres, era una noche oscura, ya que la luna salió más tarde. Durante la espera empezaron a sentir frío y destaparon una chuica de vino tinto y la fueron vaciando lentamente. ¡Sirvámonos un trago más antes que llegue el malulo! Y así hasta que terminaron la segunda chuica, cuando se estaban quedando dormidos, de repente se sintió un ruido como cuando va a explotar el volcán, y comenzaron a ladrar los perros. De un salto todos se pararon y agarraron sus armas y empezaron a dar golpes a los perros. La zalagarda duró poco y cuando todo se calmó, no había quedado un solo perro vivo, todos estaban muertos y con el *tripal* afuera.

Nadie entendía nada, por lo que se preguntaban unos a otros:

-¿Dónde está el perro negro?-

- Por ninguna parte está-

-No pudo haberse escapado.

-¡Esto no puede ser... nos ha engañado y burlado!

-Pero ¡vamos a regresar lo más pronto posible, hasta que lo matemos bien matado! Se decían...

Todos los hombres regresaron al campamento, sólo que el Caminero se quedó buscando. Buscando y mirando el lugar en dónde lo había botado su caballo, cuando de repente divisó la huasca que estaba amarrada al lazo y cuál sería su sorpresa, cuando la fue a recoger, el lazo estaba enterrado, trató de tirarlo pero no pudo sacarlo. Como ya estaba amaneciendo, pasó por allí un carretero, quien le prestó una pala y se puso a sacar la tierra y el lazo seguía enterrado, siguió paleando hasta que encontró la armada del lazo que estaba enlazado a un cántaro de greda lleno de monedas de oro.

El Caminero ya no regresó al campamento, le dio las gracias al carretero y le devolvió la pala y desapareció del lugar. Toda la gente comentó después que el perro negro había vuelto y lo habría matado o bien que el demonio se lo llevó en cuerpo y alma para el infierno. Pero la verdad era distinta, el Caminero con la fortuna que encontró en el entierro volvió a su tierra del norte y se dedicó a buscar metales en el desierto de Chile.

Informante Sra. Aída Guzmán viuda de Torres

Fecha: Febrero 2004.-

Lugar: Curacautín.

Recopilación: Sylvia Gutiérrez